

en el sentido habitual que tiene este término, sino que **el torrente del impulso creativo que lo acompañó siempre de manera consustancial con su ser, marcó su lenguaje hasta convertirse en sello personal del conjunto de su obra y de cada cuadro o imagen en particular.** Y en todo aquello, la fuerza de la pincelada, la simplificación de las formas, el aliento social de sus temas.

Su visión política siempre tuvo una marcada inclinación de izquierda; su solidaridad con los pobres de la tierra es un sello palpable en su obra, donde la gran mayoría de los personajes son de raíz popular; la concepción marxista de la historia animó sus intervenciones en múltiples eventos artísticos y culturales. Y, desde luego, esa visión política se expresó en el plano más palpable: en imágenes de los grandes líderes de la izquierda, como el Che Guevara, Fidel Castro, Carlos Marx, Lenin, María Cano. Pero esta visión del mundo no hizo de él un intransigente, un sectario con el que no compartiera esa visión social suya. Siempre fue una persona respetuosa de las ideas de los demás y sus polémicas nunca trascendieron el campo de las ideas.

En 1980 se casa con la educadora Amparo Orozco, unión de la que nace una hija, Catalina.

Muere asesinado el 5 de octubre de 1989, a la edad de 41 años,

precisamente el día en que su hija Catalina cumplía 8 años de edad, y los cuales se aprestaban a celebrarle.

Desde el momento de su desaparición física se le han realizado cinco grandes homenajes: el primero, una retrospectiva que le organizó la Universidad Autónoma Latinoamericana, en el año de 1990; el municipio de Envigado promovió el segundo en 1993; se cumplió el tercero en Torre Molinos – Bar; Institución Universitaria Tecnológico de Antioquia se sumó más tarde a este proceso con otra exposición, y finalmente, Rojas Galería–Bar, situado en Envigado, organizó una muestra selectiva de su obra en octubre de 2019. Su obra hace parte de muchas colecciones privadas de Estados Unidos y Centro América, y de colecciones públicas y privadas en Colombia, principalmente en Envigado.

**Orlando Morales Henao.** Envigado, 1952. Maestro en Artes, Universidad Nacional de Colombia. Exposiciones individuales: Biblioteca Pública Piloto de Medellín, Universidad de Medellín, Estaciones Suramericana e Itagüí del Metro, Universidad Autónoma Latinoamericana y Palacio de la Cultura Rafael Uribe Uribe, entre otras. Exposiciones colectivas: alrededor de 50. Jurado de Bienales de Humorismo Gráfico en Cuba, México y Argentina. Director de la Muestra Mundial de Caricatura Valle de Aburrá. Autor de comentarios sobre arte en medios como El Colombiano, El Mundo, Escritos desde la Sala y en numerosos catálogos.

## Elogio de la Guardiania del Faro

**La agridulce historia de  
Eugenia, la mujer que  
durante años mantuvo  
abierta y en pie, contra  
todas las dificultades,  
la biblioteca Epifanio  
Mejía, de Yarumal.**

Humberto Barrera Orrego

**E**ugenia López Palacios vio la luz en el municipio de San Andrés de Cuerquia el martes 26 de julio de 1927, en la familia formada por Rubén y Ana Josefa (apodada cariñosamente Pepa), una familia populosa como era habitual en la época: dieciséis hijos, cinco de ellos muertos a corta edad.

La niña tendría tres o cuatro años cuando se la llevaron a vivir al gineceo de sus tías solteras en Yarumal, conocidas como “Las Yayitas”. Se decía jovialmente que Eugenia no contrajo matrimonio porque ningún novio se arriesgaría a lidiar con siete suegras: sus seis tías y doña Pepa. De labios de una de ellas oí alguna vez la que era como la divisa de la casa: «El matrimonio es como la frisolera: primero “flores” y después “vainas”». Hubo también cuatro tíos.

La casona, situada en la parte baja de la falda de don Zoilo, en la esquina suroccidental del cruce de la carrera 21 (Sucre) con la calle 17 (San Carlos), de tapias y tejas y pisos entablados, era famosa por su zaguán y su patio central, adornados de diseños geométricos formados con



Retrato de Eugenia López Palacios. Autor sin identificar. Sin fecha. Cortesía Humberto Barrera.

piedrecitas grises del Nechí. Detrás de la casa había un solar enorme, sembrado, del que salía la materia prima de los postres con que Eugenia agasajaba a sus visitantes: dulce de moras o de ochuvas, de brevas, de duraznos, de tomate de árbol, servidos en una bandeja sobre una pulcra servilleta bordada, y siempre acompañados de un vasito de leche.

Era una casa tan grata de otros tiempos que el mosaquista Iván Darío Gil Bolívar propuso que el Municipio la adquiriera para dedicarla a museo de artes y oficios, para que los jóvenes conocieran las herramientas que usaban nuestros abuelos, caídas en desuso. Pero tras la muerte de Eugenia la casa fue arrasada hasta sus cimientos para levantar un ambicioso complejo residencial, y hasta

el sol de hoy solo una veintena de columnas de concreto alzan al cielo manojos de varillas oxidadas.

Se graduó de maestra en pedagogía en el Colegio de María en 1947. No sé si alguna vez habrá sostenido una tiza entre sus manos, pero hasta su último aliento ejerció el magisterio de los libros, y su sola presencia era ya una lección de decoro y cultura. Mantuvo siempre viva la veneración a sus profesoras, y muy especialmente a la afamada pedagoga Luzmila Cuartas. Entre 1958 y 1962 ejerció fugazmente de concejal suplente por el partido liberal, una golondrina solitaria en un invierno dominado por el machismo y la godarria.

### Una Biblioteca Nacional en Yarumal

Gracias a los buenos oficios del contraalmirante Rubén Piedrahíta Arango y el abogado Gerardo Eusse Hoyos, se logró que a Yarumal se le asignara una de las treinta seccionales de la Biblioteca Nacional, creadas por el Ministerio de Educación. Fue inaugurada en enero de 1954 con el nombre de Biblioteca Epifanio Mejía, y su primera directora fue la señorita Alicia Posada Castro. Cinco años más tarde, el 16 de abril de 1959, Eugenia recibió de manos de la señorita Alicia el cargo de directora y un inventario de 1284 libros. La biblioteca abrió sus puertas en el tercer piso del palacio municipal, en un salón luminoso con vista al parque. No hay dicha

completa: muy pronto la sacaron de allá para abrirle campo a la oficina de la alcaldía. Para 1971 la biblioteca contaba con 2536 títulos, sin contar los de la hemeroteca. El diputado yarumaleño Jaime Fernández Vargas gestionó en su momento un auxilio de diez mil pesos para dotarla de más libros.

Desde su fundación, la biblioteca dependía de la Dirección de Servicios Bibliotecarios del Ministerio de Educación, hasta que el 26 de diciembre de 1968 pasó a formar parte del Instituto Colombiano de Cultura, Colcultura, cuyo lema era “Tenemos mucho por hacer... y lo estamos haciendo”. Bajo la dirección de Eugenia, la biblioteca se clasificó según el sistema Dewey y se proyectó más a la comunidad mediante la carnetización de los usuarios, lo cual fomentaba el préstamo domiciliario de libros. La diligente titular no perdía ocasión de participar en los cursos de actualización promovidos por Colcultura. Siempre traía consigo varias cajas de donaciones de libros escogidos, muchos de ellos importados de España, México y otros países. En 1971, la estadística de consultas de la sala de lectura fluctuaba entre 4500 y 5000 lectores al mes. Ir a la biblioteca era un deleite porque Eugenia la convertía en una extensión de su hogar. Ponía música a volumen moderado, a veces valeses, conciertos, sinfonías de compositores europeos, otras veces música colombiana, pero siempre instrumental para no molestar a los

usuarios. Tenía especial predilección por los discos de zarzuelas.

### Casi un incendio

Una biblioteca es mucho más que un mero depósito de libros: es salvaguardia de la memoria, custodia de la tradición, punto de encuentro de la inteligencia, fomento de la creatividad, plataforma de lanzamiento de las ideas, faro de la actividad cultural, caja de música de la fantasía, caverna donde habitan los sueños colectivos, templo que alberga los antiguos mitos: en síntesis, es el cerebro de una comunidad.

Lo único que el Municipio debía proporcionarle a la biblioteca para garantizar su funcionamiento era un local apropiado. La dotación de libros y música, el equipamiento y el salario de la bibliotecaria corrían por cuenta de Colcultura. No obstante, la biblioteca era una piedra en el zapato de muchos alcaldes, que sin duda la consideraban un estorbo. Cuando conocí a Eugenia, por allá en 1967, la institución funcionaba al lado del palacio municipal, en el segundo piso de un local que ocupó después la notaría primera. Posteriormente, según el capricho del alcalde de turno, pasó a una casa antigua de la calle de San Mateo, media cuadra abajo del Liceo San Luis (casa que después albergó al preescolar Saltarines); a un socavón helado y oscuro donde había estado el estanco de los licores, en la esquina de la carrera 19 con la calle 19 (donde abre sus puertas la ferretería de

Gustavo Fernández); al segundo piso del viejo edificio de la esquina del andén con la calle Palacio Isaza (hoy sede del restaurante y bar Mediterráneo); a una casa mal acondicionada de la esquina de la calle de San Mateo con la avenida José María Córdova (local que años más tarde ocupó la Umata), hasta que en 1982 fue trasladada a la flamante Casa de la Cultura que hoy lleva el nombre del maestro Francisco Antonio Cano. El último trasteo no le tocó a Eugenia, que sufría lo indecible porque estos corrían a cargo de obreros poco letrados que tiraban los libros de cualquier manera en el cajón de una volqueta. Según una frase que se ha vuelto proverbial, tres trasteos equivalen a un incendio.

### La bibliotecaria que le sonreía al mundo

Le encantaban los países lejanos y durante varios años mantuvo correspondencia con Rossina, una botánica alemana, amiga de su hermano Santiago. Aquella vino a visitarla a Yarumal por allá en 1970 o 1971, a pesar de que ni Rossina hablaba castellano ni Eugenia el alemán. Se entendían en un inglés elemental, o mediante el lenguaje universal de las señas, pero más que nada con sonrisas y silencios que parecían eternos. Durante algunas vacaciones Eugenia hizo varios viajes al extranjero y visitó México, Estados Unidos, Egipto, Tierra Santa, Italia y España. A veces mencionaba la insolencia de los nativos de la Madre Patria en contraste

con la sencillez de los naturales de Egipto y Palestina, que, pese a la barrera del lenguaje, hicieron gala, según contaba, de gran cortesía: algún viejo beduino desdentado hasta dejó que la turista anónima se fotografiara al lado de su camello sin cobrarle ni un céntimo. En el último viaje que hizo al extranjero estuvo en Chile, en compañía de una prima.

Durante varios lustros Eugenia fue uno de los tres pilares cívicos que, sin ánimo de ganancias materiales, apuntalaron las actividades culturales de Yarumal. El inolvidable Donato Ríos Zapata, con su emisora diminuta que prestaba servicios sociales y difundía todas las noches la música andina colombiana y la hora de los cuentos infantiles, y cerraba la emisión con un concierto de música clásica; y don José Giraldo Bernal, con su museo de personajes y acontecimientos y enseres de un Yarumal perdido entre las nieblas de la nostalgia, fueron los otros dos. Dichosa edad y años dichosos aquellos. Hoy en día impera el ideario sanhopancesco.

Eugenia siempre fue una mujer bonita. Menuda de talla, vestía con elegancia y sencillez. Llevaba corta la melena nevada. Por lo regular vestía de blusa y falda, mocasines de color marrón y un saco tejido de lana o hilo de color claro, abierto por delante, tirado sobre los hombros. Prefería las telas estampadas de sobrios diseños floridos. Era



Parque Epifanio Mejía, Yarumal. Francisco Mejía, sin fecha. Archivo Fotográfico BPP.

delicada sin afectación y hacía gala de una cortesía impecable. Su risa era a la vez mesurada y jovial. Era muy hospitalaria y le franqueaba las puertas de su casa y de su biblioteca personal a todo el mundo.

Acogidas por Eugenia, varias generaciones hicieron sus tareas y consultas en la sala de lectura o se deleitaron con los diecinueve libros de la colección casi completa de las aventuras de Tintín (quedó faltando el título de *Las joyas de la Castafiore*), u otros libros tan apasionantes como las obras de Julio Verne, Emilio Salgari, los veinte tomos de *El tesoro de la juventud*, y muchos otros títulos. En el local del segundo piso de la esquina del andén experimenté mi primer desengaño de la historia patria al leer en el *Diario de Bucaramanga* que la anécdota de “Ricaurte en San Mateo, en átomos volando”, era un cuento chino inventado por Simón Bolívar.

Creo que en aquel momento nació mi pasión por la historia patria, y sobre todo por la historia de Yarumal.

### Dos amarguras

El vicegobernador Juan Guillermo Vélez (único alcalde de Yarumal que ha ostentado este título creado por el gobernador Álvaro Villegas Moreno) dotó a la biblioteca de una espléndida colección de discos de acetato que incluía piezas de música clásica y de música popular del mundo entero, colección que fue saqueada, junto con los mejores títulos de la sala de lectura, por una mujer en la que Eugenia había depositado toda su confianza. El recuerdo de este latrocinio, y el del atraco del que fuera víctima en su casa, le dejaron un amargo desengaño y la acompañaron durante lo que le quedaba de vida.

A fines del decenio de 1970, el señor José María Posada le había

ayudado a conseguir un empleo en el Fondo de la Vivienda del departamento de Antioquia para que pudiera mejorar un poco su pensión de jubilación. Allí trabajó hasta su retiro en 1980. Más tarde llegó a formar parte del Centro de Historia de Yarumal, que desapareció sin pena ni gloria no mucho tiempo después.

Una tarde a la semana recibía la visita de su amiga y vecina Gabriela Cuartas, tomaban el algo y jugaban al parqués o a las cartas. Por alguna razón, la tarde del 11 de abril de 1991 Gabriela no pudo concurrir a la cita. Aprovechando la ocasión y empleando no se sabe qué artimaña, unos ladrones se metieron a la casa. Sin duda supusieron que la antigua bibliotecaria, jubilada y casi sola (pues su única compañía eran sus dos últimas tías, Matilde y Yayita), guardaba un entierro en su casa. La anciana Matilde estaba reducida a la cama. Se cree que a esa hora Yayita estaría en el solar y no se habría dado cuenta de nada. Los delincuentes golpearon salvajemente a Eugenia para que revelara el escondite del supuesto entierro, hasta que la dejaron por muerta. Se llevaron algunas joyas y algo de dinero. Al parecer fue la señora Liliam Zea, esposa de don Eugenio Salazar, quien la encontró tirada en medio de un charco de sangre. De inmediato se encargó de su traslado en ambulancia al Hospital San Vicente de Medellín, donde fue operada de urgencia. Estuvo en convalecencia durante algo más de

tres meses, al cabo de los cuales médicos y enfermeras la agasajaron con una pequeña fiesta, por ser la paciente que durante más tiempo había permanecido en las instalaciones del hospital.

Luego de una larga enfermedad, Eugenia pasó a mejor vida en casa de su primo Jorge, en Medellín, el viernes 18 de enero de 2008 a las cinco de la mañana, donde se le realizó una misa para que sus hermanas pudieran asistir. Para honrar su última voluntad se le trasladó a Yarumal. En la basílica de Nuestra Señora de la Merced, repleta de gentes conmovidas, se celebró una nueva misa de cuerpo presente. Cumpliendo sus deseos, al final se interpretó el pasillo *El día de la fuga*. Sus restos reposan en el cementerio de El Carmen. La justicia poética pide a gritos que le otorguen un nicho en la cripta de la basílica, al lado de las cenizas de Epifanio.

### Gratitudes pendientes

Yarumal está en deuda con la memoria de Eugenia. Que un salón de la biblioteca de la Casa de la Cultura lleve su nombre y se entronice en él su retrato. Que un folleto divulgue su vida y obra, su lucha permanente por impedir que algún alcalde troglodita clausurara definitivamente la biblioteca y dejara a la población huérfana de libros, que es lo mismo que despojarla del pensamiento y el ejercicio de la crítica.

Cuando por allá en 2012 se nombró a una enfermera como secretaria de Educación de Yarumal (zapatero a tus zapatos, diría el pintor griego), uno de sus primeros actos fue desocupar un salón de la biblioteca para convertirlo en su oficina personal. Los libros fueron amontonados de cualquier manera en una pieza del piso superior. Pese al clamor de muchos lectores, entre cuyo número me cuento, la biblioteca continúa funcionando a medias, pues necesita con urgencia el salón que en mala hora le fue arrebatado.

La Biblioteca Epifanio Mejía es una institución patrimonial debida a dos yarumaleños visionarios que la reclamaron para su patria chica. De no haber sido por ellos, hubiera ido a parar a otro destino. Y de no

haber sido por el tesón y la energía de Eugenia, este patrimonio cultural de Yarumal hubiera desaparecido hace mucho tiempo, quizás para siempre. Honremos la memoria de la aguerrida bibliotecaria, defendiendo y enriqueciendo su legado luminoso.

**Humberto Barrera Orrego.** Yarumal. Licenciado en Filosofía y Letras de la Universidad Pontificia Bolivariana. Investigador histórico, ensayista, traductor, editor, profesor. Ex secretario general de la Academia Antioqueña de Historia. Obras publicadas: *José María Córdoba, entre la historia y la fábula. Compilación, prólogo y notas* (2008), *¡La leyenda negra de José María Córdoba y otros ensayos!* (2013), *Marcelo Tenorio. Confesión de un viejo faccioso arrepentido –Refutación a Florentino González!* (2016), *F.A. Cano, de Yarumal a París!*, y numerosos opúsculos sobre el combate de Chorros Blancos, entre otros libros, ensayos y traducciones.

*(Agradezco de todo corazón la colaboración inapreciable del ingeniero Jorge Palacios para reconstruir tramos enteros de la vida de Eugenia. Otros datos proceden de un artículo publicado por Eugenia López Palacios en la revista Distritos No. 22. Y alguno que otro, de mis propios recuerdos.)*